

«SOMOS CIUDADANOS DEL CIELO», FLP 3, 20: ALGUNAS CONSECUENCIAS MORALES DEL «YA» PERO «AÚN NO» DE LA ETERNIDAD EN LA HISTORIA

CARLOS E. CANTÚ QUINTANILLA

¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo? ¿Acaso allá donde dejaron dicho los antiguos, nuestros antepasados, nuestros abuelos: en la tierra de las flores, en la tierra del maíz, de nuestra carne, de nuestro sustento; acaso ya en la tierra celestial?¹.

El Beato Juan Diego tenía, ciertamente motivos para pensar que había llegado al Cielo. Estas sencillas y poéticas frases suyas como se recogen en el *Nican Mopohua* claramente lo manifiestan. Era testigo aquel 9 de diciembre de 1531 de la primera aparición de la Virgen de Guadalupe en el Cerro del Tepeyac. Con cierta frecuencia enamorados y poetas, santos y teólogos, han dicho frases semejantes. El Cielo estaba presente, o al menos muy cerca en algunos acontecimientos o vivencias. Tomás de Aquino enseña que la gracia es la incoación de la Gloria², y Juan Pablo II que el tiempo es en Cristo una dimensión del Dios eterno³. Con lo cual se ve que el tiempo y la eternidad tienen más que ver uno con otro de lo que habitualmente se piensa.

Aquí quiero hacer alguna consideración de lo que significa esa irrupción de la eternidad finalizada, consumada, en la historia, llamada «ciudadanía celestial» según la afortunada expresión de San Pablo en la carta a los Filipenses: «somos ciudadanos del cielo» (3, 20) y señalar algunas consecuencias de este hecho para la conducta moral.

Sucede en ese texto paulino, como también ocurrirá después en el evangelio de san Juan, que acontecimientos futuros se sitúan ya en el presente, en el «ahora». Quien no cree en el Hijo único de Dios ya está condenado (Jn 3, 18); quién cree, no será juzgado (5, 24); la vida eterna no es algo por venir, sino lo que se concede al creyente ahora mismo (3, 15); el que cree en el Hijo no morirá jamás (11, 26). La mejor

1. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, E. CHÁVEZ SÁNCHEZ, J.-L. GUERRERO ROSADO, *El Encuentro de la Virgen de Guadalupe y Juan Diego*, Porrúa, México 1999, pp. 147s.

2. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* 1-2, q. 114, a. 4.

3. JUAN PABLO II, *Tertio Millennio Adveniente*, n. 10, passim.

forma de explicar estas afirmaciones⁴ en el evangelista es reconocer que el presente salvífico del Resucitado ha llenado a tal grado su vida que la descubre también en la vida divina de los creyentes, viéndola manifestarse con todos sus dones salvíficos: alegría, paz, amor, libertad...

Pablo es fuertemente consciente de lo que significa «derecho de ciudadanía»⁵ en el mundo en el que él vive. En tres ocasiones los Hechos de los Apóstoles⁶ nos reportan que hizo mención de su pertenencia, y por nacimiento, al imperio romano. Este privilegio difícilmente concedido en las provincias orientales del Imperio le constituía en miembro de una *élite* con estatuto internacional y garantías judiciales y fiscales reconocidas en todo el Imperio, incluido el derecho de participar en la vida pública en la Urbe. En efecto, no había ciudadanos romanos de segunda clase⁷.

Recordar, además que el término «cielo» refleja de modo natural la fuerza simbólica del «arriba», de lo alto⁸ y que esto en la tradición cristiana expresa además la plenitud definitiva de la existencia humana personal y colectivamente. No es un espejismo de un futuro mejor, una fantasía fabulosa, sino que incluye siempre un encuentro con Cristo: «corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús» Flp 3, 14. Y por eso, es al mismo tiempo algo «ya presente, de modo fundamental, en sus componentes esenciales»⁹.

Entonces, cuando desde la cautividad escribe a los Filipenses —aquella comunidad, siempre tan cercana y solidaria con él— y les exhorta una y otra vez a la alegría¹⁰ «alegraos en el Señor...» Flp 3, 1 invitándoles además a vivir como personas que tienen «derecho de ciudadanía»¹¹ en la eternidad, Pablo sabe lo que esto significa: certeza, seguridad y protección del derecho, confianza... Pero también compromiso, responsabilidad, y algunas veces, rechazo.

Aquella hermosa ciudad que llevaba el nombre del padre de Alejandro junto a la *via Egnatia* hospedaba quizá a la comunidad más cercana y la más generosa con el Apóstol de las gentes. En su carta, Pablo

4. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *El Mensaje Moral del Nuevo Testamento I*, Barcelona 1989, pp. 218s.

5. «*Municipatus est*».

6. Hch 16, 38; 22, 27; 23, 27.

7. Cfr. M.-F. BASLEZ, *Saint Paul*, Fayard, Paris 1991, pp. 19s.

8. «Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» Col 3, 1.

9. J. RATZINGER, *Escatología*, Barcelona 1984, p. 217.

10. Pude contar al menos diez ocasiones en las que les alienta a vivir esta virtud.

11. Flp 3, 20: *Noster enim municipatus in caelis est, unde etiam salvatorem exspectamus Dominum Iesum Christum, ...*

les agradece desde la indigencia propia su solicitud y la ayuda que le habían enviado. Sin embargo, preocupan a Pablo algunas noticias recibidas de esta comunidad, particularmente la presencia de algunos predicadores judaizantes¹² en Filipos además de su preocupación pastoral habitual por la armonía y crecimiento espiritual de aquellos neocristianos.

Dejando a un lado las hipótesis actuales sobre el lugar y fecha de la redacción de esta carta, quisiera ahondar un poco en su contenido moral y en las referencias escatológicas. Aquí es donde el «ya» pero «aún no» de la primera carta de san Juan puede ser ilustrativo¹³. ¿Cómo se puede hablar de una anticipación del cielo en los cristianos que aún peregrinan, y en medio de los peligros, incluida la «gracia» de padecer por Cristo (cfr. Flp 1, 29) y el arriesgar la vida por la obra de Cristo (cfr. Flp 2, 30)? Somos «ciudadanos del cielo», pero nos corresponde aún «compartir los padecimientos de Cristo, asemejarnos a Él en su muerte y poder así lograr la resurrección de entre los muertos» (cfr. Flp 3, 10-11).

En definitiva, estamos hablando de la relación de continuidad y discontinuidad¹⁴ entre esta vida y la próxima; entre los bienes de este mundo y los eternos. Si se nos exhorta que este mundo nada vale sin el otro¹⁵, también se nos dice que éste anticipa y adelanta el otro. Y que los santos han sido los más felices y plenos protagonistas de la historia y los verdaderos constructores de la misma. Como se lee en la *Gaudium et spes*¹⁶: «la esperanza de la tierra nueva no debe debilitar, al contrario, debe avivar la solicitud por perfeccionar esta tierra, en la que crece el cuerpo de la nueva humanidad, que ya presenta esbozadas las líneas de lo que será el siglo futuro». Es decir, el Concilio enseña con toda claridad que los bienes de este mundo se incluirán en nuestra plenitud final en Jesucristo:

«Los bienes que proceden de la dignidad humana, de la comunión fraterna y de la libertad, bienes que son un producto de nuestra naturaleza y de nuestro trabajo, una vez que, en el Espíritu del Señor y según su mandato, los hayamos propagado en la tierra, los volveremos a encontrar, pero limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo devuelva a su Padre “el reino eterno y universal, reino de verdad y

12. «Perros, falsos predicadores» (Flp 3, 2).

13. *Carissimí, nunc filii Dei sumus, et nondum manifestatum est quid erimus; scimus quoniam, cum ipse apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum, sicuti est* (1 Jn 3, 2).

14. Cfr. G. GRISEZ, *The Way of the Lord Jesús*, vol. I, *Christian Moral Principles*, Chicago 1983, p. 817.

15. Lc 9, 25.

16. C. Vat. II, *Gaudium et spes*, n. 39.

de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz”¹⁷. En la tierra este reino está ya presente de una manera misteriosa, pero se completará con la llegada del Señor”¹⁸.

Ya está presente, pero se completará aquel día: ya, pero aún no. Es decir estos bienes alcanzarán una plenitud que aún no poseen y poseerán una característica que los hará radicalmente diversos: la ausencia de todo mal que ahora distorsiona y afea la creación y que será entonces totalmente eliminado. La radical separación entre bien y mal, el juicio universal mismo, y el universo recreado según el modelo de la misma resurrección de Jesucristo con el advenimiento de los «nuevos cielos y nueva tierra»¹⁹. La renovación de todo en Cristo²⁰ de que habla la *Lumen Gentium*²¹:

Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (cfr. Jn 12, 32 gr.); habiendo resucitado de entre los muertos (Rm 6, 9), envió sobre los discípulos su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre. Así que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada con la misión del Espíritu Santo y por Él continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, mientras que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra salvación (cfr. Flp 2, 12).

Realizar la obra del Padre y trabajar en la propia salvación. La vida sobrenatural en este momento de la historia —obra del Paráclito en nosotros— tiene una perfecta continuidad con la vida bienaventurada, con la vida trinitaria en el Cielo. Al no tener mal alguno que vencer o superar ésta no necesita ser recreada, la caridad permanece siempre (1Co 13, 8: *Caritas numquam excidit*). Y es que aquí la recreación se realiza en el momento de la justificación, si se quiere señalar alguno²². Continúa la *Lumen gentium*:

17. Misal Romano; Prefacio de la fiesta de Cristo Rey.

18. C. Vat. II, *Gaudium et spes*, 39.

19. Cfr. 2P 3, 13.

20. Cfr. Flp 1, 10; Col 1, 20; 2P 3, 10-13.

21. C. Vat. II, *Lumen gentium*, n. 48.

22. Como desarrolla el estudio de F. OCARIZ, *Hijos de Dios en Cristo*, EUNSA, Pamplona 1972.

La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros (cfr. 1Co 10, 11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo, pues la Iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera santidad, aunque todavía imperfecta. Pero mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia (cfr. 2P 3, 13), la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen con dolores de parto al presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios (cfr. Rm 8, 19-22).

FELICIDAD Y PAZ, PERO INSATISFACCIÓN Y TRIBULACIONES

Según una postura ordinariamente llamada «clásica» se entendió esta vida únicamente como el medio para llegar al Cielo. En sí misma nada importante y carente de todo sentido que no fuera el conseguir la eternidad. Y ordinariamente se predicó y enseñó así. Pero Jesucristo también había prometido a los suyos el ciento por uno «*in hoc tempore*»:

Ait Iesus: «Amen dico vobis: Nemo est, qui reliquerit domum aut fratres aut sorores aut matrem aut patrem aut filios aut agros propter me et propter evangelium, qui non accipiat centies tantum nunc in tempore hoc, domos et fratres et sorores et matres et filios et agros cum persecutionibus, et in saeculo futuro vitam aeternam. Multi autem erunt primi novissimi, et novissimi primi» Mc 10, 29-31.

Aunque «con tribulaciones y persecuciones», como bien sabía San Pablo que escribe desde la prisión, con las alegrías de un intenso y fecundo apostolado que le empujaban a amar la vida y a desear permanecer en ella (cfr. Flp 1, 25), al mismo tiempo que estaba firmemente convencido de que todo era basura (cfr. Flp 3, 8), en comparación con Cristo.

COMPROMISO Y SOLIDARIDAD CON LA HISTORIA Y LA SOCIEDAD, PERO CON DESPRENDIMIENTO

Con cierta frecuencia se reza en la Liturgia de la Iglesia: «Que de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros que podamos adherirnos a los eternos». Podríamos recordar el naufragio de Pablo²³ en Malta y la célebre «comida eucarística» en la nave. ¡Qué bien recuerda que hemos de echar todo por la borda antes que perder la vida! Y las mis-

23. Hch 27, 13-44.

mas confidencias del apóstol a los Filipenses²⁴: «pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia...».

Desprendimiento de las cosas de la tierra, pero participación y compromiso con el bien que hay en ellas. La distinción entre las cosas visibles y las invisibles, las pasajeras y las eternas que hace Pablo en 2Co 4, 16-5, 5 sugiere que el otro mundo, el eterno, es la verdadera y oculta sustancia del presente. Ha dicho recientemente Juan Pablo II a unos universitarios en Roma:

«Vosotros os preguntáis con frecuencia: ¿cuándo llegará a configurarse nuestro mundo con el mensaje evangélico? La respuesta es sencilla: cuando tú, en primer lugar, actúes y pienses de manera permanente como Cristo, al menos una parte de ese mundo se le entregará en ti»²⁵.

LA CERCANÍA DEL ROSTRO DE CRISTO, SU PRESENCIA, PERO TAMBIÉN LA BÚSQUEDA DE LA FE

En el Cielo, los santos serán confirmados en su fidelidad, ya no serán posibles ni la tentación ni el pecado²⁶. Las elecciones morales y los actos humanos, fuente de perfección para el cristiano en esta vida, habrán alcanzado una plenitud tal que eliminará toda imperfección y pecado, incluso venial. Es comprensible que algunos santos se hayan planteado la posibilidad de desarrollo y crecimiento en la visión beatífica en el más allá²⁷ «porque el amor nunca está ocioso».

*De te dixit cor meum: «Exquirite faciem meam!».
Faciem tuam, Domine, exquiram* (Ps 26[27], 8).

«Non vedo bene cosa avrò di più dopo la morte... Vedrò il buon Dio, ecco! Perché quanto a essere con lui, lo sono già del tutto anche sulla terra» (Sta. Teresa de Lisieux)²⁸.

Y San Pablo le escribe a su discípulo Timoteo²⁹: «Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna a la que has sido llamado y

24. Fpl 1, 21-26.

25. JUAN PABLO II, *Mensaje al UNIV*, 9 de abril 2001.

26. «De tres cosas descansaremos entonces: de los trabajos de la vida presente, del agobio de las tentaciones y de la esclavitud del diablo» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Sobre el doble precepto de la caridad*).

27. Véase el interesante artículo de L.F. MATEO-SECO, *¿Progreso o inmutabilidad en la visión beatífica?*, «Scripta Theologica» 29 (1997) 13-39, donde se analiza el pensamiento de tres santos teólogos: Gregorio de Nisa, Agustín de Hipona y Juan de la Cruz.

28. *Novissima verba*, 15 maggio.

29. 1 Tm 6, 12.

de la que hiciste aquella solemne profesión delante de muchos testigos». Busca, conquista conserva.

Lo enseñó con frecuencia el Beato Josemaría:

«En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece siempre. Pero hay que unirse a Él por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!»³⁰.

LA LITURGIA Y LA SANTA MISA, UNA VENTANA DEL CIELO EN LA TIERRA

La oculta presencia de la eternidad en la historia se evidencia en la celebración de la Liturgia. «La liturgia es el cielo en la tierra», de san Máximo el confesor, o el vislumbrar como a través de una ventana la presencia del misterio «*ecce ostium apertum in caelo*»³¹ del libro del Apocalipsis que desarrolla admirablemente Scott Hahn en su libro reciente sobre la Santa Misa como el Cielo en la Tierra³².

LA «CRUZ DE CADA DÍA» Y LOS GOZOS DEL ETERNO HOY DIVINO

Esta «ciudadanía celestial» permite superar algunas aparentes contradicciones y trascenderlas, «*dando a cada instante —aun a los aparentemente vulgares— vibración de eternidad*»³³ al mismo tiempo que nos asomamos al paradójico misterio de Cristo en la Cruz.

«La tradición teológica no ha evitado preguntarse cómo Jesús pudiera vivir a la vez la unión profunda con el Padre, fuente naturalmente de alegría y felicidad, y la agonía hasta el grito de abandono. La copresencia de estas dos dimensiones aparentemente inconciliables está arraigada realmente en la profundidad insondable de la unión hipostática»³⁴.

En esa reciente carta Juan Pablo recurre al patrimonio de la «teología vivida» de la Cruz en la experiencia de los Santos³⁵. Algunos estados de prueba que la tradición mística describe como «noche oscura»,

30. J. ESCRIVA DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 104.

31. *Ap 4, 1*.

32. S. HAHN, *The Lamb's Supper, The Mass as Heaven on Earth*, Doubleday, New York 1999.

33. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja*, 917.

34. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte* (NMI), n. 26.

35. *Novo millennio ineunte*, 6 de enero de 2001, n. 27.

o las contradicciones pequeñas de cada día. Como hace decir a Dios Padre la Santa Doctora de Siena:

«Y el alma está feliz y doliente: doliente por los pecados del prójimo, feliz por la unión y por el afecto de la caridad que ha recibido en sí misma. Ellos imitan al Cordero inmaculado, a mi Hijo Unigénito, el cual estando en la cruz estaba feliz y doliente»³⁶.

O la pequeña Doctora Teresa que en días recientes conmovió a mi Patria con la triunfal gira de sus reliquias por parroquias suburbanas, hospitales y prisiones:

«Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos gozaba de todas las alegrías de la Trinidad, sin embargo su agonía no era menos cruel. Es un misterio, pero le aseguro que, de lo que pruebo yo misma, comprendo algo»³⁷.

LA EXTRATERRITORIALIDAD DEL CRISTIANO: PEREGRINO, PERO NO APARTIDA

El ciudadano del cielo también lo es de la ciudad terrenal, y no sólo eso, sino que será del cielo sólo siéndolo de la tierra, aunque no sólo de la tierra, sino del cielo y de la tierra al mismo tiempo, como enseñó con frecuencia el Beato Josemaría unido a una tradición antigua que recoge ya la Epístola a Diogneto:

«Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás [...], sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta admirable y, por la confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. Se casan como todos; como todos, engendran hijos, pero no exponen los que les nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra pero tienen su ciudadanía en el Cielo»³⁸.

Ciudadanos con pleno derecho de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios:

36. SANTA CATALINA DE SIENA, *Diálogo de la Divina Providencia*, n. 78.

37. STA. TERESA DE LISIEUX, *Últimos coloquios*, cuaderno amarillo, 6 de julio 1897: obras completas, C. del Vaticano 1997, 1003.

38. *Epístola a Diogneto*, c. 5.

«Es la fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en todos y cada uno de los momentos de la vida, la que ilumina nuestras conciencias, incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana. En esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es un apátrida. Es un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios, cuyo amor empieza a entrever ya en esta etapa temporal, y en el que reconoce el fin al que estamos llamados todos los que vivimos en la tierra»³⁹.

UNA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN

Me gustaría recordar un poema de Seamus Heaney⁴⁰ que, entiendo, recoge una antigua tradición irlandesa:

St Kevin and the Blackbird

I.

And then there was St Kevin and the blackbird.
The saint is kneeling, arms stretched out, inside
His cell, but the cell is narrow, so

One turned-up palm is out the window, stiff
As a crossbeam, when a blackbird lands
And lays in it and settles down to nest.

Kevin feels the warm eggs, the small breast, the tucked
Neat head and claws and, finding himself linked
Into the network of eternal life,

Is moved to pity: now he must hold his hand
Like a branch out in the sun and rain for weeks
Until the young are hatched and fledged and flown.

II.

And since the whole thing's imagined anyhow,
Imagine being Kevin. Which is he?
Self-forgetful or in agony all the time

From the neck on out down through his hurting fore-arms?
Are his fingers sleeping? Does he still feel his knees?
Or has the shut-eyed blank of underearth

Crept up through him? Is there distance in his head?
Alone and mirrored clear in love's deep river,
«To labour and not to seek reward», he prays,

A prayer his body makes entirely
For he has forgotten self, forgotten bird
And on the riverbank forgotten the river's name.

39. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 99.

40. S. HEANEY, *St Kevin and the Blackbird*.

San Kevin y el mirlo

1

Y luego ahí estaban Kevin y el mirlo.
El santo de rodillas, los brazos extendidos, en su celda.

Pero la celda es tan angosta, que sobresale
Por la ventana, una mano, puesta como travesaño, la palma hacia arriba,
cuando un mirlo se posa en ella.
Y allí pone sus huevecillos y se instala para anidar.

Kevin siente los tibios huevos, el pecho menudo, las garras
y la fina cabeza encogida; y, se descubre entrelazado
a la corriente eterna de la vida; y se apiada...

Desde ahora mantendrá así su mano, como una rama,
bajo sol y lluvia; por semanas, hasta que rompan
las crías el cascarón y echen plumas y alcen el vuelo.

2

Ya que todo se imaginó a la buena de Dios, imagina ser Kevin.
Pero ¿quién es él?
¿Se ha olvidado de sí mismo o está en agonía constante
que le desciende desde el cuello y hasta los adoloridos antebrazos?

¿Se le durmieron los dedos? ¿Siente aún sus rodillas?
¿O el oscuro vacío subterráneo
trepó hacia arriba por él? ¿Hay distancias en su cabeza?

Solitario y reflejado claramente en el hondo río del amor,
reza: «esforzarse sin buscar recompensa»,

Plegaria enteramente pronunciada por su cuerpo,
ya que él se ha olvidado de sí mismo, y olvidó al pájaro,
y en la ribera, el nombre del río olvidó.

Solos..., pero entrelazados con la cadena eterna de la vida, y comprometidos con ella; en oración y en espera, en contemplación y dolor; con olvido de sí y en espiritualidad de comunión con lo demás. Lo pedía recientemente Juan Pablo II:

«Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Es-

piritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cfr. Ga 6, 2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias»⁴¹.

Y así, se impulsa la Historia de la Salvación, y este cosmos manifiesta cada vez de modo más claro que en realidad es un cielo anticipado, la civilización del amor, la ciudad de los Hijos de Dios. Me parece que lo enseña el actual prelado del Opus Dei:

«El tiempo humano en el que vivimos llegará un día a su fin tanto para cada persona como para la humanidad entera. La primera venida del Hijo de Dios trajo consigo la manifestación definitiva del amor de Dios y, con ésta, la plenitud de los tiempos. Su segunda venida marcará el final de la historia. Será el encuentro pleno de los hombres con Dios, la realización de la unidad del género humano, la transformación del cosmos, “nuevos cielos y nueva tierra” sin fatiga, ni llanto, ni muerte»⁴².

41. NMI, n. 43.

42. J. ECHEVARRÍA, *Itinerarios de Vida Cristiana*, Planeta, Barcelona 2001, pp. 186-187.